

CLAROSCURO: HOSTILIDADES DE LAS SOMBRAS

JAVIER CÓRDOBA CUEVAS

**UNIVERSIDAD DE CARTAGENA
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
PROGRAMA DE LINGÜÍSTICA Y LITERATURA
CARTAGENA DE INDIAS D. T. Y C.**

2014

CLAROSCURO: HOSTILIDADES DE LAS SOMBRAS

JAVIER CÓRDOBA CUEVAS

Trabajo presentado como requisito para optar al título de
Profesional en lingüística y Literatura

Asesor:

EMIRO SANTOS GARCÍA

Magíster en Literatura Hispanoamericana y del Caribe
de la Universidad del Atlántico.

UNIVERSIDAD DE CARTAGENA
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
PROGRAMA DE LINGÜÍSTICA Y LITERATURA
CARTAGENA DE INDIAS D. T. Y C.

2014

Nota de aceptación

Firma del presidente del jurado

Firma del jurado

Firma del jurado

TABLA DE CONTENIDO

PREÁMBULO

1. LA ESCRITURA: UN ENCUENTRO INNEGOCIABLE CON LA MEMORIA.....	7
2. SOBRE UNA ESTÉTICA DE LA HOSTILIDAD: LAS SOMBRAS OCULTAS DE LA CREACIÓN LITERARIA	13
2.1 EL ASUNTO AQUÍ DE LA CRÍTICA LITERARIA	17
3. EL CREADOR Y SU COMPROMISO CON EL LENGUAJE	21

NARRATIVA

1. CLAROSCURO	28
2. INTERVALOS DE HORAS MUERTAS.....	30
3. ATAVISMOS	40
4. EL DIARIO DE PAPÁ	45
5. LUNA DE LOS DÍAS	49
6. HOMICIDIOS NUNCA REGISTRADOS	51
7. EL OFICINISTA	53
8. BARCO DE PAPEL	58

RESUMEN

Más allá de su re-invencción, y de la búsqueda ambiciosa de su perfección, se hace insistente un carácter subversivo del lenguaje literario, una estética de la *hostilidad* que gravita los procesos de lo que llamamos creación literaria, ya sea por parte de la realidad, del hombre, de la escritura, de la censura. Cualquiera de los que tendrán la eventual necesidad de leer este texto sabrá de qué hablo, creo yo; necesitamos aplicarnos ya a nuestras propias condiciones, reconocer que la literatura va desprovista de objetivos diferentes a la finalidad de su propio arte y que no habrá que establecerle ninguna utilidad. Simplemente comenzar a escribir. Escribir sin desconocer las consecuencias, dándose de trompadas con la memoria y pagando finalmente tal acto de impunidad.

Claroscuro: hostilidades de las sombras

Al hombre despojado de todo, hostilizado, acosado, y que nada tiene que perder, le queda la riqueza incalculable de la palabra.

Aldo Pellegrini.

No hay nadie que haya escrito jamás, o pintado o esculpido, moldeado, construido, inventado, a no ser para salir del infierno.

Antonin Artaud.

PREÁMBULO

Todo esto es una ficción. De principio a fin. Sería apresurado decir que se hace innecesaria la sola idea de que comiencen a leer estas páginas con una pizca de convicción. No nos mentiremos. O no del todo. Abordar un proyecto de creación literaria, como ya lo habrán pensado alguna vez, no es algo que nos catapulte y lance al vuelo de ser “profesionales” de la escritura. Y este trabajo tampoco pretende alentar las esperanzas de quienes puedan verlo de esa manera. Para algunos será un poco más fácil entenderlo si ya se han visto agredidos por la censura de una crítica travestida algunas veces con el adjetivo engañoso de “literaria”, hasta el punto de la desesperación o la demencia a la que puede llevarnos la palabra; aquello que el escritor sudafricano John Coetzee (2014) apunta como el estado de paranoia que afectó a muchos escritores que debieron erigir su arte. Porque esa es la literatura: te lanza un veloz rechazazo y te lleva contra las cuerdas, como Bukowski con Hemingway, en el cuento del primero titulado “Clase”. Y así se queda: nadie nunca escucha la campana.

No se encontrará aquí un modelo, ni una predisposición objetiva en la que alguien busque reflejarse, para venderse a sí mismo la idea vana de que se puede ser escritor. Vengo a tratar de justificarme (aunque eso suene luego contradictorio), a seguir siendo egoísta en honor a la no verdad. Como afirma Medina Reyes (2001), “no hay nada que sea confiable en mis verdades” (7). Y eso es un alivio. De ahí la osadía de comenzar a escribir este texto con la misma convicción que –me acabo de dar cuenta– me han enseñado desde la academia.

1. LA ESCRITURA: ENCUENTRO INNEGOCIABLE CON LA MEMORIA

La actividad creadora no es un método de “liberación interior” ni de búsqueda del yo íntimo. El hombre puede verse aterrado al tratar de encontrarse, explicarse, definirse. Al estar a punto de justificarse comienzan a dolerle las esquirlas del pasado incrustadas en su memoria. Entiende entonces que existe sólo la posibilidad de dejar evidencia, con la *escritura*, de la manera como viene afrontando el acervo de sus fracasos y cómo ha ido recorriendo a tientas los angostos pasillos de la realidad, a medida que hace un uso del lenguaje, aun siendo la escritura el inicio de otra indefinida derrota que aparentará mostrarle lo que él realmente *es*. El honrado convenio del hombre con la escritura consiste en que ésta se alimentará de sus temores, de sus obsesiones, y él, a su vez, irá subsanando inacabadamente la amargura que deja el tiempo sin tiempo: ese poder ciego que arrastra sus cadáveres sin dejar noticias del holocausto. En ello radica el deseo que nace de sus entrañas para enfrentar toda consecuencia: levantarse día a día con el fastidio placentero de tener algo porqué luchar, pero nada que perder, sin más recurso de supervivencia que las palabras.

Escribir no es, sin embargo, un juego sorteado. Cada día desenterramos en el recuerdo el momento en que las palabras nos atrapan. Hubiera creído poder salir bien librado de todo esto, hasta cuando descubrí que escribir es darse de trompadas con la memoria. Hubo mucho de inocente impunidad en mi primer encuentro con la lectura. En tanto llevaba a cuestas la infancia, la severidad me hacía leer algún libro viejo y de olor penetrante (historia, biología, o de cualquier materia a la mano), sólo para crear el hábito y mantenerme ocupado. Detestaba sobremanera los temas económicos y era apático a la política. Tenía en mi poder un enorme diccionario de más de mil páginas que hojeara, mientras pronunciaba torpemente algunas palabras en latín *de motu proprio*. Observaba, así mismo, las pinturas de Delacroix y Matisse sin tener idea de quiénes eran. En la escuela teníamos una especie de cartilla con la que se buscaba acostumbrarnos a la lectura rápida y mecanizada, leyendo decenas de líneas por minuto, sin pérdida de tiempo. Y eso era lo que yo hacía. Pero en aquellos libros pronto comencé a descubrir fragmentos de lo que apenas estaba conociendo como “literatura”. Tuve que detener el cronómetro y ver qué estaba sucediendo. Como un indicio del universo, parecían intimidantes las primeras líneas de un tipo llamado Julio Cortázar dándome instrucciones de cómo iba a enfrentarme a lo que se venía. “Instrucciones para dar cuerda al reloj”, un texto breve que luego hallaría en su libro *Historias de Cronopios y de Famas* (1962). Intimidantes en tanto eran sospechosamente sencillas. Descubrí poco a poco en las palabras de otros un hallazgo inminente que se sabe negado a los caminantes despistados, a lectores dóciles que pasan rápidamente la fachada de la página anulando el criterio de interpretación al lenguaje, a los que saltan sin pensarlo dos veces de este párrafo al que sigue. Julio Cortázar fue solo la boca del túnel como escape

a otro extremo de la ficción, en el que el sentido común y las repeticiones cotidianas se depuraban, dejaban de ser lo que eran.

Leer no es solamente ir dejando atrás línea tras línea. En cada letra se espeja la expresión que vamos llevando hacia la muerte, con la que recibimos la soledad, los miedos o el desamor, que no es la misma que aquella con que saludamos a alguien, o con la que esperamos en la parada del autobús. En ese descubrimiento se asomaron en mí, por primera vez, las perplejidades de un lector con la piel erizada y la ansiedad en las pupilas, moviéndome como un equilibrista entre el escepticismo y la credulidad, ante el vértigo de ser testigo de algo que parece posible sólo con el uso consciente de cada palabra.

En la desolada biblioteca del Colegio se encontraban unos cuantos libros de grandes autores que muy pocos conocían –estaban Homero y García Márquez–. Muchos fragmentos inconclusos se iban a los pocos minutos del recreo, mientras yo planeaba cómo burlar a la bibliotecaria (su mirada vigilante que se alzaba por encima de sus anteojos) y cometer la secreta fechoría. Una vez se me ocurrió meter con avidez bajo mi camisa un libro desconocido: *El ladrón* de Jan Needle. Entre tantos otros se encontraba igualmente en los estantes, huérfano en su lectura, quizá. Entonces fui experimentando el estremecimiento que acelera los pasos al vacío: la caída hacia la causa justa tan solo en nombre del arte. Pero eso no lo pensé entonces. Salí de la biblioteca con el corazón en la garganta: una sensación muy propia de las lecturas a Allan Poe.

Me recuerdo leyendo a mitad de la noche, y a los 16 años, “Entierro prematuro”, incluido en la colección de *Narraciones extraordinarias*. Un silencio filoso invadía la sala

de mi casa y yo apretaba el libro entre las manos mientras. Cuando leí finalmente “hay que permitirles que duerman, o pereceremos”, sentí náuseas y mi habitación pareció el lugar más lejano del mundo en medio de la oscuridad. Imaginaba a Poe tratando de conciliar el sueño con una sonrisa de satisfacción, porque una vez más lo había hecho. La misma náusea admitió sentir Cortázar al comenzar a escribir el cuento “Casa tomada”, luego de saltar desde el borde de su pesadilla. De algo habríamos de morir, y ante la inaplazable muerte, yo iba siendo consciente de que escogería a las palabras.

Y así lo hice. Comencé a aplicarme a la escritura. Algunas de mis líneas a lápiz fueron el inicio de un primer relato, y como el salto de un círculo del infierno a otro, el esbozo del que sería mi primer cuento comenzó a trazarse con la mayor precaución posible en lo que al uso del lenguaje se trataba. Pero lanzaba frases sueltas que se veían desordenadas. Derrochaba adjetivos en una inevitable evocación de las emociones. Fue un error. Decidí mantener la distancia con mi relato. El tema de la muerte, por su parte, se hizo cada vez más recurrente en mis lecturas. “El almohadón de plumas”, de Horacio Quiroga, perturbó mi ingenuidad antes de comenzara a leer seriamente al autor argentino, o al mismo Ambrose Bierce.

Había leído los cuentos del desaparecido escritor estadounidense, y la horrorosa naturalidad con que sus narradores me hacían leerlo me motivó a otro asalto en la escritura de cuentos: uno que también perdería. Estas páginas terminaron siendo sólo un ejercicio desastroso, en uno de los errores comunes que resultan de las ambiciones de quien quiere escribir. Descubrí cuánto puede influenciarnos lo que nos apasiona leer, hasta el punto de repetirlo en lo que escribimos. Incluso en la creación literaria uno baja la guardia en cierto

momento y deja que lo manden a la lona. Así sabes a qué atenerte cuando des-encriptas tu obra y la tiras a la mesa como tu mejor apuesta al arte: a la desaprobación y el ataque de la censura. Escribir, sin embargo, no es un acto deliberado en la búsqueda de unos cuantos aciertos que conformen la mediocridad o alivien el ego. Si de eso dependiera la existencia en esta vida, mejor nos dejaríamos arrastrar como los cadáveres que llegan flotando a la orilla del río. Hay quienes lo hacen. Puede que no pasemos a la historia, pero si el lenguaje no se desborda valdrá la pena llevar cualquier cuento hasta sus últimas consecuencias.

Hemingway, Rulfo, Yourcenar, Saki, Bolaño, Kafka, fueron los siguientes en mis lecturas. No conforman, en todo caso, un inventario escogido al azar. Con la lectura constante iba desarrollando el criterio necesario para enfrentarme a mi propia creación como un lector más: ajeno a ella. Al menos de eso me daba cuenta. Regresé entonces a uno de los primeros cuentos inconclusos de los que había tomado distancia y que había titulado “Claroscuro”. Deteniéndome en las líneas más imprecisas, rodando por los bordes menos accesibles, volviendo siempre al punto de origen con la relectura, agregando, eliminando, ahí lo tenía.

Tratar de escribir un buen cuento es solo otra de las buenas intenciones que tiene un creador; que agrade a uno que otro lector será siempre (y quizá solamente) un daño colateral. El embate de la crítica literaria pone casi siempre a la defensiva a los jóvenes creadores, domesticando su imaginación, obligándolos a buscar las armas necesarias en la lucha por “justificar” su creación. Susan Sontag (1996), en *Contra la interpretación*, sentencia justamente que “desde ahora hasta el final de toda conciencia, tendremos que cargar con la tarea de defender el arte” (17), pero concordamos con ella que la escritura no

deberá buscar más que una justificación en sí misma. Al artista le es preciso entender, por lo demás, que al mismo tiempo ha de “defenderse” de su propia escritura. Ha de luchar en contra de sí mismo, pues si debe haber un consuelo para el que escribe es que la literatura es hostilidad por parte y parte.

Un día te descubres así evocando la infancia con una sonrisa que desconfía de las cotidianidades y de lo previsible de las horas. Detienes la memoria en un pedazo de tiempo hermoso y sin movimiento. Los días se escurren entre las trazadas temblorosas de la peregrina en la tierra húmeda del patio, el patio grande y viejo de la casa. Abuelo con el dolor de sus ojos abiertos como un dios pensativo sentado en su taburete, distrayendo su decrepitud entre sorbos de café. Las calles empedradas. La lluvia insistente. La escuela remota. Un día te contemplas con todos tus miedos prendidos a tu ropa como una alimaña. Los dientes apretados entre sí, esperando cada golpe. Y luego el reloj regresando a su hora exacta.

Comienzas a sospechar que así mismo sería la muerte. Un día te encuentras escribiendo en un largo respiro de odio y cansancio, cifrando en las palabras el hábito de la ira, la indignación, la obstinación. Te encuentras repitiéndote en la furia callada de tu padre, buscando descaminar la rutina, hacer del silencio otra oscuridad donde se exilian las ensoñaciones, donde todo lugar ha sido hecho para la ausencia. Te descubres escribiendo, como para pagar una cuenta pendiente con la impunidad, para no perturbarles el sueño a los vecinos, o simplemente, para no aumentar la tasa de homicidios. Continúas en algún lado de la angustia, sin otro recurso para “sobrevivir” que la propia escritura.

2. SOBRE UNA ESTÉTICA DE LA HOSTILIDAD: LAS SOMBRAS OCULTAS DE LA CREACIÓN LITERARIA

Toda obra literaria se va combustionando con cada aspecto de la realidad que se vuelca en contra de su autor, incluyendo su misma condición humana. Aun antes de adquirir conciencia, el hombre declara una guerra indeclinable a todo lo que comience a asediario: el tiempo, la soledad, la muerte, la idea de la eternidad, sin que pueda ganar contra alguna de ellas. La escritura no termina por ser una excepción. Parafraseando al colombiano Libardo Vargas Celemín, la literatura es para el hombre como un escudo contra el naufragio. Escribir, pienso, connota una forma de hostilidad. No hablo del carácter subversivo del lenguaje, que urde ficciones anulando gradualmente la realidad, sino del mismo recurso de la ficción, es decir, del lenguaje literario que perturba visceralmente la condición humana sin ninguna intención aparente.

Para Balzac, siendo la vida en la sociedad francesa del siglo XIX una “comedia” humana, las letras se veían muchas veces convertidas nada más que en la manera de pagar las deudas, a riesgo de ver perjudicado su estilo. Las conspiraciones de un mundo hostil son el sagrado motivo que lleva a elegir la literatura como única salida de emergencia. Entiendo como concepto de *hostilidad* los diferentes ángulos posibles desde los cuales se transgrede la figura del escritor: desde el embate continuo de la realidad hasta la agresividad de la angustia que puede reflejarse en el acto de escribir. Cuando aludo a una estética de la hostilidad en la literatura, estoy defendiendo la idea de que la creación literaria está impregnada de la furia silenciosa de quien escribe, de todo lo que lo motiva, de una acometida contra algo en particular: la muerte, el amor, el tiempo etc. Para lograr una

armonía hostil dentro de su obra, el creador muchas veces necesita del estado de angustia estimulante que sólo provee la escritura de una forma antagónica. El autor y su escritura son los enemigos más leales en todo el proceso de escribir.

A este estado de angustia, sin embargo, le precede (para muchos) uno peor, y es el que deja el encuentro inminente con la memoria. Todo lo que representa regresar a los antiguos miedos, al estremecimiento subyacente de la infancia o los primeros respiros de la soledad etc. Cometiéndolo una deliberada abstracción, diré que los lugares en la memoria suelen estar oscuros a conveniencia. Los recuerdos de sus vivencias más remotas terminan algunas veces enquistados en el pasaje de algún cuento, en el verso de algún poema, como pedazos desprendidos de sí mismo. Es ahí donde la escritura hace del autor un festín, tomando de él nada más que sus obsesiones, dejándolo desposeído, a su suerte. En lo que respecta al autor, intentará salir del malestar causado por sus propias evocaciones volviendo a escribir, retomando la angustia, regresando a los lugares oscuros de la memoria.

Bajo esta noción de *hostilidad* se puede situar el estilo de varios escritores. Hay que fijarse en la detallada estructuración de uno o más personajes en un relato y ver reflejada la cosificación de las actitudes agresivas que el peor de los juicios “literarios” atribuiría a la personalidad del autor. Quien haya devorado página a página *El guardián entre el centeno* (1951), de J. D. Salinger, podrá darse cuenta de esto con Holden Caulfield, un joven de 16 años que profesa un odio hacia todo lo que pueda conocer. Por otro lado, está también el primer libro que leí de Efraim Medina: *Pistoleros, putas y dementes* (2005), aunque debo decir que siempre me ha gustado tener a la mano *Érase una vez el amor pero tuve que matarlo* (2001). Hay en este último un personaje que podría romper con cualquier esquema:

“Sid Vicious, un demente de la peor calaña” (10), representando la hostilidad contra alguien más: “Nancy sostuvo una dulce sonrisa mientras Sid hundía el cuchillo en su pecho catorce veces” (10). “Cuando Nancy estaba feliz con algo, Sid trataba de arruinar esa felicidad, de matar ese *algo*”. O la hostilidad contra de sí mismo: “Sid golpeaba las paredes con la cabeza hasta sacarse sangre y Nancy lloraba y eso satisfacía a Sid” (17). El escritor cartagenero expone un símbolo de la agresividad en casi toda su obra, a través de uno y otro personaje caracterizado por su irreverencia y cuyo fin es buscar la ruptura del orden.

Luego de haber leído *Manual de combate*, de Charles Bukowski, me vi interesado por su narrativa. Uno escoge al azar cualquiera de sus relatos y desde la primera línea se encuentra una directa arremetida en el lenguaje. En el cuento “Clase” figura un personaje que se hace llamar Henry Chinaski (casi como Heinrich, el nombre de Bukowski), quien termina reventando a trompadas en un ring de boxeo al mismo Ernest Hemingway. Ataque un tanto simbólico en contra de una de las grandes apuestas literarias del siglo XX como lo fue la sencillez en la escritura del escritor: la contraparte de un lenguaje siempre a la defensiva, que noquea susceptibilidades, como lo es el de Bukowski. De este lado, el lenguaje es directamente ofensivo; y en la otra esquina, el de Hemingway es uno en que surge una elementalidad en la escritura.

En el relato *El nadador*, del estadounidense John Cheever, por citar otro ejemplo, vemos cómo se traza la noción de agresividad en un personaje. Ned Merrill, el protagonista, emprende el regreso a su casa nadando por todas las piscinas que encuentra en su camino, presentando un antagonismo entre individuos, como le sucede a Merrill cuando invade un espacio privado y se presenta como un desconocido ante los demás. De los personajes paso

seguidamente a reflexionar sobre los lugares o espacios a los que son lanzados por el escritor. Tomo como muestra la novela de Cormac McCarthy: *La carretera* (2006). La apuesta por un uso del lenguaje que juegue con las posibilidades de las formas en las historias ficcionales abarca toda probabilidad de crear ambientes que apunten justo a las perturbaciones tanto físicas como psicológicas: “Todo palideciendo hasta sumirse en tinieblas. La suave ceniza barriendo el asfalto en remolinos dispersos. Examinó lo que podía ver. Segmentos de carretera entre los árboles muertos allá abajo. Buscando algo que tuviera color. Algún movimiento”. Las novelas del estadounidense se caracterizan, entre otras cosas, por el sarcasmo y la ironía. A medida que lee y describe los espacios, el lector se siente invadido en su misma naturaleza humana, como si fuera uno de los personajes. Es el *extrañamiento* al que puede llevarnos la ficción, por medio de lo que el autor ha vivido o ha sido testigo en tanto hace parte inevitable del performance de la realidad.

No hay nada que el escritor plasme en su obra que no haya conocido antes, o que incluso no haya conocido jamás. Las palabras lo angustian y en ellas refleja su ansiedad. Las palabras lo desesperan y justo en ellas se alivia. Así mismo es la lucha contra la vida, las relaciones personales, la búsqueda de la felicidad, el transcurso del tiempo. Aspectos de los que el escritor, como individuo, busca exorcizarse en su propia escritura, pero que no reducen la obra literaria a un confesionalismo, pues el lenguaje se convierte en violencia misma. El escritor no siempre puede evitar reflejar en su obra las heridas producto de una caída al vacío, pero este “reflejo” ya no nos habla de él, sino de su propia realidad verbal. La infancia, por ejemplo, se convierte en punto de origen, con todo el temblor que puede traer a veces la dureza y la severidad patriarcal, y como origen, siempre es punto de partida; no de llegada.

Podría decirse la noción de violencia, de abatimiento, de hostilidad *del* autor y *hacia* el autor estar presente casi de manera insospechada, mucho más cuando se maneja el tema de la *muerte*. Quizá Edgar Allan Poe, al ver su alma asediada por el innegociable final, no tuvo otra salida que enfrentarla en su escritura, hasta literalmente atraparla como un demonio en una botella. Poe construye personajes que se rinden a la oscura melancolía, al terror, a la angustia. El autor de *El cuervo*, en suma, es el perfecto ejemplo que se relaciona con la idea de discordia en la literatura. El tiempo y la muerte son adversos para todo lo existente. El escritor busca eternizarse en su escritura. Busca salvar su orgullo. No verse derrotado ante la realidad. Ante el malestar que le causa la gran maquinaria de un mundo artificial: su pretensión de convertirlo en uno más de sus engranajes. La furia al saber que intentar salir de la rutina se convierte en parte de la rutina.

2.1 EL ASUNTO AQUÍ DE LA CRÍTICA LITERARIA

Todo lo que conforma al hombre se revela en su contra, y lo lleva a querer dejar en la escritura evidencia de ello. Vamos descubriendo la forma en que el proceso escritural se torna incontenible a medida que el artista va requiriendo más de las palabras. Así como el carácter agresivo que puede tener un personaje o los espacios dentro de un cuento o una novela. La crítica literaria deja ver la conspiración de la censura con la que el escritor se ve aún más perturbado que nunca: hablo de una motivación reaccionaria inclinada hacia la reprobación inmediata de la obra de arte. He conocido personificada la pasión por la escritura. En las líneas de varios jóvenes creadores he descubierto el verdadero valor que ha

de dársele al arte de la ficción, la forma en que, a pesar del embate del juicio literario, defienden su obra únicamente bajo el manifiesto de la humildad. Pero algo cambia al momento de emprender un proyecto de creación literaria como trabajo de investigación. Entran a jugar ciertos paradigmas que terminan por limitar desde el estilo hasta las motivaciones de quien escribe. Para el creador, escribir se va convirtiendo en un medio con el que se obtendrá algo. Por ende, cae en un proceso sistemático en que busca aplicarse a modelos o recetarios de cómo escribir un buen cuento o una que otra novela, como si fuesen consejos para adelgazar. Es justo en ese momento cuando la crítica literaria ve la oportunidad de mostrar de nuevo su carácter subversivo. El impulso de la creación en el campo de la academia estaría regulado por el ánimo de las diferentes formas de leer la obra de alguien más.

Es eso a lo que se estaría enfrentando incluso este texto, teniendo en cuenta que es una mínima parte de todo lo que arrastra consigo el acto de escribir. De hecho, una mínima parte de lo que serían los argumentos acerca de la escritura como forma de violencia, de furia, de temblor. Todo el proceso de escritura aludido en este trabajo se tomaría como “investigativo”, pero eso le estaría dejando al creador el riesgo de tener que proceder bajo determinadas condiciones que desfavorecen el verdadero estímulo que requiere para escribir. Todo podría resultar, entonces, por ser un mal ejercicio del que se termina alimentando el ánimo de una censura entendida como represora de subjetividades. Esto mismo reprocha John Coetzee en su ensayo *Contra la censura* (2014):

Trabajar bajo censura es como vivir en intimidad con alguien que no te quiere, con quien no quieres ninguna intimidad pero

que insiste en imponerte su presencia. El censor es un lector entrometido, un lector que entra por la fuerza en la intimidad de la transacción de la escritura, obliga a irse a la figura del lector amado o cortejado y lee tus palabras con desaprobación y actitud *de censura*. (2).

Y Susan Sontag, en *Contra la interpretación* (1984), termina por decir:

En nuestra época, sin embargo, la interpretación es aún más compleja. Pues el celo contemporáneo por el proyecto de interpretación no suele ser suscitado por la piedad hacia el texto problemático (lo cual podría disimular una agresión), sino por una agresividad abierta, un desprecio declarado por las apariencias. El antiguo estilo de interpretación era insistente, pero respetuoso; sobre el significado literal erigía otro significado. El moderno estilo de interpretación excava y, en la medida en que excava, destruye; escarba hasta “más allá del texto” para descubrir un subtexto que resulte ser el verdadero. (19)

Aclaro que no estoy permitiéndome en este texto pagar con la misma moneda y *desaprobar* tanto las razones como los fines de la crítica literaria, mucho menos cuando, al fin y al cabo, es justificada por el papel que juega en la literatura. Responsabilidad tiene el creador, quizá, al develar su obra por faltarle egoísmo. Pero de aquí que el autor de este trabajo a manera de prólogo cada vez se acostumbra más a que se le subestime, se le rete el ego, el orgullo, la ambición, o lo que sea. No debe dejar el escritor de defender el valor de su obra, incluso ante la crítica literaria: “hay quienes cierran entonces los ojos con miedo o náusea, unos pocos hemos elegido mantenerlos abiertos hasta el final, pero para ello

necesitamos el *alejamiento* que se produce en la reflexión o en la literatura” (Gaitán Durán, 1997: 14).

Necesitamos aplicarnos a nuestras propias condiciones, reconocer que la literatura va desprovista de objetivos diferentes a la finalidad de su propio arte, que no habrá que establecerle ninguna utilidad y simplemente comenzar a escribir. Si la literatura alguna vez sacó a Artaud del infierno fue tan sólo para confinarlo al terrible exilio de la eternidad: la escritura es otro presagio que decidirá qué hacer con nosotros. Que no se pierda el tiempo esperando encontrar en estas líneas instrucciones de cómo proceder, pero si necesitas el miedo búscaló, si requieres de la soledad fábricala, si reclamas ansiedad, camina por los suburbios de una ciudad ajena a ti: siente cómo te punza las costillas al respirarla. Y escribe, solamente escribe y guarda, no quemes nada. Un día no tendrás ni con qué limpiarte el culo.

Hay quienes vienen al arte a ser infelices. Si vas a dedicar tus vísceras al hábito de la escritura sabes que serás uno de ellos. La felicidad es solo otra distracción; cuando ya la tienes comienza la ardua tarea de conservarla, de que dure, como si fuera un reloj muy fino. Eso quitaría tiempo. Si vas a sonreír hazlo cuando nadie esté viendo; si te descubren huye hasta el fin del mundo, exíliate al olvido, a la soledad, donde la imposibilidad del silencio no merodee tus oídos, y aplícate como Borges (1976) “a las simétricas porfías del arte que entreteje naderías” (22). Nada de lo que aquí intento decir es fácil expresarlo en prosa. Ten en cuenta que las visiones de mundo que eran necesarias ya han sido desechadas, cubiertas por las pastas duras y coloridas de los libros, ordenadas alfabéticamente en alguna olvidada biblioteca. Esos universos que conoces deberás

dinamitarlos y erigir sobre sus escombros una forma nueva en que la palabra se reinventa, con el riesgo de morir en el intento. Cada palabra, por extraña o arbitraria que sea, dirá lo que tenga que decir. Las palabras se bastan por sí solas. Por ello la búsqueda de una voz propia es algo ilusoria, no nos pertenece en ellas el grito, ni el susurro, ni el silencio.

Aprovecha lo mejor posible la noche para escribir, pero a la vez no pierdas de vista las historias que se escurren a mitad de la oscuridad, los crímenes, los amantes desprevenidos, el gorjeo de los miedos noctámbulos, el grito ahogado de un cuchillo penetrando los vientres. No urge el sosiego, el orden. Si no estás en guerra contigo mismo, no escribirás lo que en verdad quieres: la guerra es con uno dentro del texto (cuando consigues, por un momento de *breve cordura*, asimilarte a la sociedad, ya la guerra es con los otros). No habrá intenciones humanistas presentes ni reflexiones que alivien la desesperanza, aunque el lector escarbe y crea encontrarlas. Escribe hasta acelerar los latidos en la yema de tus dedos. Hasta que lleguen a perder tacto y perciban sólo la simpleza de las cosas. No escribas para legar conocimiento. ¿A quién le interesará una “puesta de sentido” cuando el arte no espera nada de ti, sino que toma sólo lo que le apetece? Nunca escribirás un cuento en el que el mundo finalmente pueda salvarse: no estaría bien tanta insensibilidad. En algún remoto lugar lo que escribes va anulando las posibilidades de redención.

3. EL CREADOR Y SU COMPROMISO CON EL LENGUAJE

Todo esto ha sido, de principio a fin, una ficción. Más allá del carácter subversivo del lenguaje literario, su reinvención simbólica y la búsqueda ambiciosa de su perfección, se hace insistente una estética de la *hostilidad*: por parte de la realidad, del hombre, de la

escritura, la censura. La creación literaria, en ese sentido, no es la salida fácil como proyecto de investigación si no se tiene con qué enfrentarla. Hablo de aspectos tan esenciales como apasionarse maniáticamente por la lectura, desandar las horas del ocio, sacrificar la rutina y el tiempo en nombre del naufragio que representa la escritura. Creo que cualquiera de los que tendrán la eventual necesidad de leer este texto sabrá de qué hablo.

Hay algo particular, sin embargo, en la decisión de querer escribir que quisiera descubrir ahora. Veamos: el asunto de *la realidad* (que muchos no dudan en condenar) es la de mostrarse como un sistema que inhabilita cualquier posibilidad de ser del hombre. Diciéndolo de ese modo, es un problema que no incumbe más que a la filosofía. Cortázar supo encontrar aquel *intersticio* por el cual escapar hacia una ficción que en cambio sí le resultaba honesta, y en la que le era dado conocer la esencia de las cosas, lo que está más allá de lo tangible, de las eventualidades de la cotidianidad, del transcurrir del tiempo. Es allí donde la literatura funciona como el escudo contra el naufragio del que habla Vargas Celemín, en tanto la realidad agrede al hombre hasta relegarlo al retraimiento de su propia condición humana y reducirlo a su más mínima perplejidad. Aquí entra el creador, quien llega a revelarse contra la sustantividad de la materia, a salvarse a sí mismo del letargo de los medios, del ruido, de las grandes urbes, de la parada de autobús, de la fila en el banco. En algún lugar de su obra comienza a deformar los lugares, las sensaciones, los estados, las probabilidades. El tiempo se desdobra, las calles enmudecen, caen flores diminutas de los árboles, la tarde se detiene. Es decir, la realidad comienza a ser hostilizada por el artista. Suponemos que alguien está escribiendo, que conoció a Kafka, que leyó a Hoffman o que vio cómo lo hizo Hemingway, y que la literatura le dio el antídoto. Pero la idea de

hostilidad no termina con pretender dominar la realidad y los mundos ficcionales. La literatura es ahora la que angustia al escritor, quien relega, quien condiciona. No olvidemos que en el acto de escribir hay una impunidad que pagar, el hombre termina despojado de sí mismo y tirado a su suerte: que no es mucha.

El creador es exiliado en la soledad, confinado de nuevo a la angustia, como diría Efraim Medina (2012), “con la felicidad y la desesperación de un diablo a su propio infierno” sin otro recurso para morir que la escritura. Y entonces surge de nuevo la escritura como hostilidad: el escupir la tinta sobre el papel en esa guerra consigo mismo, como si buscara aniquilarse en la atmósfera sombría de su hábito.

Alguien desde la oscuridad alguna vez me pregunta por qué insistir en escribir. Antes de responder con cualquier mentira evoco mejor el momento en que comencé a reclamar algo más que la realidad. Y regreso a la infancia en un empujón de la poca nostalgia que aún queda, como un arroyuelo sin afán. Las piedras atravesando su esencia irrepetible, el patio con sus criaturas, multitud de palomas en las plazas, las calles empedradas, y la sonrisa de mamá que es lluvia por la mañana. La casa de la abuela y la escuela a varios mundos de allí. Luego una ruptura en el orden. La distancia, la ausencia, la ciudad y sus cloacas, el gentío, la sonrisa de mamá que es lluvia por la tarde cansada y la rutina a varias paradas de autobuses de allí. Y justo acá, en mi escritura, se pudren una sucesión de momentos en mis bolsillos. Respondo entonces con un “no sé”, y ataco otra vez las teclas de la máquina, sigo escribiendo algún cuento que anule las posibilidades de redención de alguien en algún otro universo también terrible, cuidando siempre la forma en un lenguaje elegante del que no podría sospecharse la hostilidad que profesaría su contenido.

Prefiero que siga habiendo misterio en por qué escogí escribir cuentos. Aunque de manera implícita se resuelva ese detalle en estas líneas. Solo digo que hay muchos 'poetas', y que en cambio la prosa no se anda con rodeos. Normalmente, no se encuentra en el verso más que una ligera complacencia de la ambigüedad hacia el lector, la cual difiere de ese extrañamiento que produce el relato en ese punto en que hace metástasis la misma búsqueda de sentido, que hace al lector partícipe y activo en la relectura.

Fernando Vallejo por ahí mismo defendería también la idea de que todo sea dicho en prosa. Pero, para definir mejor al cuento, puede apelarse a la poesía: el cuento es el eco de los silencios que retumban en los miedos guardados, de crímenes pospuestos, de atajos que toma el odio, el desamor, la soledad, el sonido del tiempo, el color del silencio. El cuento es otro pequeño dios que se inventa a sí mismo en una palabra sin letras. Al escribir me pregunto por algo que no quisiera saber en realidad, por el temor de conocer el tiempo exacto que dura la muerte, o de terminar siendo solo el reflejo de un reflejo y quedarse a mitad de camino, entre la duda y la certeza del mundo. El cuento contiene al hombre: sus fracasos futuros, su profesada desdicha, un pasado incierto; en el cuento el escritor opta por no salvarse a sí mismo, sino prepararse para una caída cada vez más abajo.

Aún yo he elegido no ser flexible ante mí mismo, ni ante mi escritura, el mejor movimiento que tengo en este juego es el que le facilita a la literatura el embate hostil que ha guardado especialmente para mí, para conocer más de cerca sus designios secretos, observar como Hölderlin directamente a los ojos de un animal terrible. En el cuento me asomo a los rincones más insidiosos de la infancia como si en verdad espiara el miedo, lugares que nunca han dejado de pertenecerme aun cuando han huido de mí desde siempre. En el cuento busco equivocarme la saña de la muerte, distraerla mientras la reinvento como el

eco reinventa el sonido, acontecer en ella a través de sus personajes para sentir de cerca el resuello vaporoso de su ansiedad por salir del relato en que trato de aprisionarla.

Todo terminaría por ser una minúscula parte de lo que define a este proyecto de creación literaria, aun así dejaré que estas líneas se basten por sí solas hasta el final. Varias páginas después de lo que dije he pensado que en realidad ellas no llegan a justificarme, y es un alivio. Así, como creador, estaré siempre, y solamente, en el intento de ello, de arrancar de a uno los pedazos de momentos que se incrustan en la memoria, y desplegar alrededor de ellos la sutileza de un lenguaje cuidado que distraiga al lector de la mirada terrible de su contenido, para que tal vez así pueda salvarse.

El compromiso con el lenguaje en torno a todo el proceso de escritura es latente, no es irreverente ni deliberada la búsqueda de una propuesta que conspire contra el letargo ingenuo de la forma y otros equívocos, que reivindique la creación literaria con todo y el papel que debe jugar en el campo de la academia. Pero es precisa la obligación del creador por no dejar domesticar su estilo por las condiciones que esta pretenda imponerle. La reclamada evidencia de un ejercicio investigativo o la puesta en práctica de una metodología quedará reflejada únicamente en el hábito de la lectura. Hay en ella un acto de honesta reciprocidad que no se halla en trabajos de campo. Si el creador habrá de documentar algo, será los intervalos de instantes que se abren hacia lugares no vistos de la ficción, sostenidos en algún punto inaprehensible del tiempo, no percibidos a simple vista; otros acechando en aquellos territorios oníricos en los que se destrozan plazas posibles y las sombras se trepan al borde de los miedos.

No quisiera preguntarme si acaso quedará vestigio de estas abstracciones, o si tomarán el atajo más rápido a la hoguera. Pero lo más seguro es que cuando eso suceda habré huido hasta el fin del mundo a pagar esa deuda pendiente con la literatura, a desandar la vida misma y recrear todo tipo de muertes, tan solo para tener un atisbo en la escritura de un lenguaje que apenas se acercaría a la idea de que podría existir la perfección de la palabra.

Bibliografía

Allan, E. (2006). *Narraciones extraordinarias*. Madrid: EDAF.

Bukowski, Ch. (sf.). “Manual de combate”: <http://hankover.blogspot.com/2008/11/manual-de-combate-by-charles-bukowski.html> [Consultado el 2 de junio de 2014].

_____, (sf.) “Clase”: <http://www.ciudadseva.com/textos/cuentos/ing/bukowski/clase.htm> [Consultado el 3 de junio de 2014].

Coetzee, J. (2014). *Contra la interpretación*.

Cortázar, J. (1962). *Historia de Cronopios y de Famas*. Buenos Aires: Alfaguara.

Cheever, J. (sf.). “El nadador”: <http://www.cuentosinfin.com/el-nadador/> [Consultado el 3 de junio de 2014]

McCarthy, C. (2006). *La carretera*.

Medina, E. (2003). *Érase una vez el amor pero tuve que matarlo*. Bogotá: Ed. Planeta.

Quiroga, H. (1997). *El hombre muerto*. Bogotá: Editorial Norma.

Salinger, J. D. (1995). *El guardián entre el centeno*. Barcelona: Alianza Editorial Madrid.

Sontag, S. (1984). *Contra la interpretación*. Barcelona: Seix Barral.

CLAROSCURO

Cada trazo revelaba una técnica magistral. Controlaba la intensidad adecuada de los tonos, la ilusión de profundidad y el compás armonioso de contrastes entre luz y sombras sin dejar escapar cada detalle de un atardecer agónico, de caída perfecta, más horizontal que de costumbre, el rumor de mar capturado por la frecuente semiverticalidad del grafito, los últimos vestigios del día que iban a morir en los vitrales de edificios diminutos. De aquella ciudad posible bajaban líneas curvas de carros y autobuses, como detenidos en el tiempo: imágenes calculadas, impecables, que disminuían en la lejanía, dándose a la fuga estática de una noche que aún no acababa de inventarse, y de un panorama urbanístico de rascacielos, hoteles, catedrales, balcones antiguos y redundantes, casas de coral y salitre.

Sobre el horizonte aparecían embarcaciones arribando en los malecones dormidos. La escena nocturna se disponía a predominar. Un aura tenebrista se dispersaba por cada recoveco de la mar, ciudad, calles, papel, en sombreados acechantes, fluidos, contrastando con la tímida iluminación de los faros inclinados que bordeaban la avenida y de cocheros en galope paseando turistas ingenuos, sin saberse perseguidos por una escala acromática de miedos, muerte imperceptible, que aparecían fugaces en forma de Siluetas con aspectos grotescos, movimientos mecánicos, sigilosos, inmóviles. Huían constantemente de la luz, permanecían en la oscuridad, al acecho como cazadores noctámbulos. La noche desprotegió la ciudad. Las olas saltarinas se violentaban contra las rocas al otro lado de la calle. El lápiz se recostó en suave presión sobre el cielo de papel, anunciando la lluvia. Solo dos automóviles en la vía, aun sin moverse. Las Siluetas deformes aparecían y se esfumaban con rapidez, volviendo a refugiarse en la oscuridad por el temor de que los destellos que disparaba la noche cargada revelaran sus rostros.

Los coches con turistas finalmente abandonaban la escena. Una llovizna comenzó a pronunciarse en finas agujillas de agua, solo visibles a la luz de los faros. El lápiz se dirigió al extremo de la calle. Dos Figuras de proporciones armoniosas saltaron a la estancia, caminando inmóviles, desprevenidas, sin el afán de llegar a algún lugar, disfrutando el espectáculo estruendoso de las olas en las rocas y las abultadas nubes a punto de reventar el aguacero sobre la ciudad. Se fascinaban con cada relámpago que anunciaba el final. Se consumaban en un solo deseo clandestino y un éxtasis se dibujaba en el misterio de sus cuerpos pegados, seducidos entre besos de líneas perturbadas por un placer que los llevaba justo al punto de origen, sin retroceder en los declives, lanzándose a los bordes menos accesibles, tratando ingenuamente de no salirse del margen. La llovizna no les importaba, tampoco el lápiz sobre sus labios húmedos.

De la oscuridad se desprende una de las Siluetas con un trotecito insospechado, movimientos detenidos que parecían previamente estudiados para ese momento. Con brusquedad se abalanzó sobre las dos Figuras, las cuales retrocedieron espantadas. La imagen detenida denotaba el forcejeo que resueltamente ganaría la Silueta grotesca, derrumbando a una de las Figuras, luego a la otra, dejándolas totalmente inanimadas al tiempo que un relámpago se disparaba provocando un gran destello, iluminando su rostro, junto con los dos cuerpos inertes. La Silueta volvía por instinto su mirada satisfecha hacia los ojos del dibujante. Unas gotas temblaban, suspendidas en el rostro de ambos. El destello seguía detenido en un instante que parecía inacabado, hasta que se apagó la ciudad, abismándola en un frío silencio, dándole paso al torrencial aguacero. La *Silueta* se perdió en los sombreados que ya devoraban los cuerpos armoniosos, tirados en la desolada avenida. Trazos de lluvia caían de los tejados coloniales, de las catedrales vacías.

INTERVALOS DE HORAS MUERTAS

I

Dos cuarenta y siete minutos. El lunes absorbe las clases últimas del semestre y lanza desde la ventana la vida de cada uno hacia la ciudad sobria de medio día. Pero la caída se detiene, nunca llega a ser caída, nunca un final definitivo. Por eso Jaime no cuenta los segundos, dos cuarenta y siete minutos. No hay segundos para él. Jaime entrecierra los ojos y sonrío cuando voltea a verme como si dijera “te oí”, y así comenzamos de nuevo. Heinner tamborea sus dedos en la silla; la niña Euka susurra en complicidad con Adi. Emiratos no ha llegado. El sábado por la madrugada lo último que me dijo fue “niño, no te me duermas en la buseta”. Caminábamos borrachos hacia la avenida, levitando como a unos cinco centímetros por encima del pavimento de una calle cualquiera, buscando una mala hora, abandonados a la suerte de homicidas de alto vuelo.

- Niño, tú estás como ebrio ¿verdad? –me preguntó.

-¿Por qué lo dices?

-Porque te veo doble, niño –sus carcajadas resonaron por las calles de aquel barrio anónimo y provocaron algunos ladridos.

-Qué vainas, no camines tan rápido. Siento que caeré aquí y ni tú podrás levantarme.

-Ya casi llegamos. Niño, no te me duermas en la buseta, que podría llevarte al fin del mundo.

Los muros del salón capturan un silencio indiferente y sofocante; el profesor parece estar incómodo, tiene la frente empapada, se limpia con un pañuelo. Cuarenta, cuarenta y tres segundos. “¿Alguna pregunta hasta aquí?”, dice de pronto. Todos clavan la mirada al suelo.

Él hace un amenazante paneo por todo el salón. Will levanta su dedo y nos salva la patria. Jota permanece atento, con una mirada sacramental que a veces me asusta. Cada vez que da su opinión es muy acertado, pero hasta el momento de la clase no ha dicho nada. En una ocasión recibió la aprobación del profesor al responder y fue cuando Emiratos, de la nada, se le ocurrió decir “No, –y todos volteamos a verlo– eso no se vale, porque es que Jota está con Dios”, devolviéndose a aquella voz infantil que alguna vez había perdido, en un tono pedestre por lo demás. Y todos reímos.

La estatura monumental de Emiratos se pasea por los pasillos de la Universidad en esas horas de ocio que nunca le faltan, cargando una vieja mochila en la que guarda una caja de cigarrillos y uno que otro libro, con sus ojos soñolientos con que suele mirar mientras pregunta cosas como “Niño ¿has visto a esos perros que persiguen palomas en los parques?” pero nunca sé cuál es la loca idea que siempre me quiere explicar. Ya se lo preguntaré cuando lo vea.

La niña Euka sigue susurrando con Adi, y Mar parece estar interesada en lo que dicen. Mar es la chica de lindos labios: morenos y carnosos como ningún otros. El profesor, estimulado por el comentario de William, continúa teorizando barrabasadas, y no logro entender nada de lo que dice, es como un blablaluuuabluaablooop que resuena en cada recoveco del salón, como queriendo escapar de estos cuatro muros a los que Yaneth acaba de entrar, tarde como siempre: recuerdo cuando la agarró una de esas arrecheras extrañas. Estaba justo al lado de ella en el preciso instante en que ya no aguantaba, porque le habían asignado un tema para exponerlo, y ese temor de pararse frente a toda la clase la excitaba y se venía y se venía fuera del salón buscando donde refugiarse hasta que pasara lo que fuera. La encontré en una banca, solitaria, mordiéndose las uñas, hundida en un antojo

desenfrenado que le había humedecido los labios y con todo el universo echado encima de manera deliberada, parecía una pompa de jabón al aire, a punto de reventar. Me senté junto a ella. Cuando quise ver estábamos en un aula de esas que casi nadie sabe que existen en el claustro, muy escondida en lo más recóndito del vacío que ocultaban sus piernas y yo viajaba entre ellas sin permiso alguno, entraba y salía, mis manos en su cintura, las suyas en mis hombros, saltaba sobre mí, gemía mientras miraba el cielo raso “Esto es amor ¿Cierto?” me decía al oído, y cada instante que pasaba dejaba de ser ella y cada vez que volvía a penetrarla admitía yo que de ella nada conocía. Tenía la esperanza de que sería momentáneo, que al salir todo acabaría, como siempre debía pasar. Escuchamos que alguien se acercaba al salón. Una silueta se dibujó a través del vidrio opaco de la ventana, moviéndose por el pasillo sin afán. Un sudor frío se mezclaba entre bajo vientres pegados, el suyo tensionándose en contracciones detenidas en ese momento por la presencia de un intruso. A solo tres segundos antes de que pudiera entrar no hicimos más que quedarnos quietos, la cerradura de la puerta se movía como en una película de terror, hasta que se abrió. Se asomó y nos miró sin mucho asombro, sin decir una sola palabra cerró la puerta y se fue.

2

El niño Emiratos no llega. Euka mira de vez en cuando la puerta del salón y pareciera leer lo que pienso, esperando también que él entre con su habitual chabacanería a interrumpir la clase y a contarnos cómo terminó buscando una puta en san Diego, ebrio y fingiéndose obstinado y que todo le molesta y que todo le hace reír. Cuarenta y tres, cuarenta y cuatro, cuarenta y nueve segundos. Jaime se durmió del todo sobre la silla.

Ésta semana no comenzará bien que digamos, eso lo sé. Necesito algo de acción y el viejo Emiro es el mejor candidato que conozco, como antes había ocurrido en el paro con los estudiantes: guardamos en su mochila unas cuantas molotov para sacarlas a que conocieran esta aburrida ciudad, en un arranque demencial de sensiblería revolucionaria. Pero hasta he pensado muy seriamente en zamparle una bomba a este claustro. Si bien eso sería un ligero plagio de la misma idea de siempre. O hacerme el sicópata y volarles la cabeza a unos cuantos. O a todos, para que vean que no tengo preferencia por ninguno. Si, así podría evitarles tanto papeleo, tanto tecleo, tanto ajetrear con uno. Jota pone su mano sobre mi hombro “¿Qué pasa Avi? –me dice sonriendo– ¿Por qué esa cara?” “Nada mijo, nada. Todo relax”. Jota siempre se está preocupando por nosotros, desde aquella vez que dejó de ir a las rumbas en las que bailaba como un trompo haciéndome quedar mal, porque yo muy poco, y ahora nada que hacer, lo hemos perdido, aunque él dice que los perdidos somos nosotros. El profesor ya no habla, busca algo en su malgastado portafolio. Dos horas, cuarenta y ocho minutos, ven-ti-uno, ven-ti-dos, ven-ti-tres. Jota da unas suaves palmaditas a mi espalda y retira su mano. Euka ahora juega con su teléfono celular, secundada por Adri. Las dos sonrían con algo de malicia.

El tiempo ahora parece que se detuvo sin que me diera cuenta. “Queríamos recordarles la reunión que tenemos –comienza a decir alguien que acaba de entrar al salón– hoy a las cinco treinta de la tarde para retomar el asunto de la acreditación; es muy importante...” las roncas palabras de aquel muchacho se pasean por el aire, disipándose de igual modo sin encontrar algún receptor interesado; Heinner aprovecha para recostarse un rato sobre la silla. Estoy seguro de que solo Isa y Will escuchan al chico de ojos apagados, que no deja de hablar, y el profesor nada que encuentra lo que busca; debe ser algún texto que debamos

fotocopiar, y la verdad es que en estos momentos no quiero saber nada de leer, la cabeza sigue dándome vueltas, evocando la mañana del sábado cuando venía de tomar en casa de Heinner con el niño Emiro, cuando subía con dificultad al autobús como si una fuerza extraña me empujara y me hiciera mover involuntariamente. Extendí mi mano para pagarle al conductor, lo más normal posible para que no notara que iba elevado y no se diera cuenta que el pasaje estaba incompleto, y lo peor, me tocó ir de pie, sostenido de la barandilla, mis ojos querían caer pesadamente y me recordaba *no te duermas, no te duermas* hasta que alguien se levantó y me dejé desplomar en el cojín del asiento que le gané a una pobre viejecita que ya se me iba adelantando y es que no sabía la muy veterana por la que yo estaba pasando. Después de media hora, con la náusea haciéndome apretar el estómago, toqué suelo por fin, eran unas ocho cuadras hasta la casa, a solo tres, cuatro pasos y ya estaba tumbado en mi cama, sin desear saber de nadie, de-nadie.

-“¡Levántate!” –Entreabro los ojos y mi mamá estaba arrodillada al pie de la cama como rezándole a un santo “¡por Dios, levántate!”. Le pregunté qué horas eran. El sabor seco en mi boca hizo que balbuceara. “Ese bendito aparato no ha dejado de sonar en toda la mañana, quién sabe dónde lo tendrás metido”. La de mamá era una voz autoritaria aunque dulce, sin embargo incapaz de preguntarme a qué horas había llegado, como para no amargarse tanto la vida. Los años le han enseñado a soportarme, a mí y a esas medias apestosas que recogía mientras seguía hablando “Tu desayuno está en la mesa, voy a la iglesia con Luna... ¡y contesta ese aparato del demonio, o mejor, apágalo!” algo vibraba dentro del bolsillo de mi pantalón, escudriñé y logré sacar el teléfono, a tiempo para contestar la llamada, pero alguien mascullaba sus palabras, entrecortadas, que como

punzadas entraban en mi cabeza. Alguien quería saber de Emiratos, pero parecía que desde el inframundo, hasta que en el más allá resonó un *tuh-tuh-tuh-tuh* y el teléfono celular se apagó. Eran las ocho y treinta de la noche cuando volví a levantarme, el desayuno estaba todavía en la mesa y las hormigas disfrutaban de él. Mis hermanos dormían y mamá veía su telenovela en la sala. Por un rato la contemplé. Me sobresaltó ver que el viejo entrara de repente y sin alguna razón la golpeará, y luego saliera victorioso a tomarse unos tragos, hasta el próximo capítulo, según parecía. Creo que mamá ya no es como antes, cuando batallaba contra las injusticias del mundo sin poder tolerarlas. Revisé la habitación de Luna y Alex para cerciorarme de que el habitual estruendo del televisor no los había despertado. Volví a acostarme. Sería otra larga noche. Era ya demasiado tarde para enfrentar las hormigas en el desayuno.

3

“¿Qué cree usted que pensaron los estructuralistas acerca de esto?” Su dedo apunta hacia mí y el silencio se hace frío ahora. No sé qué fue lo que dijo, miro con disimulo a todos lados y estos chicos aun con la mirada en el suelo, comienzo a decir algo que no entiendo, la inseguridad se apodera sin remedio “...al parecer...como dice este autor...” chasqueo los dedos, esperando que alguien mencione ese bendito nombre, escucho algunas risas atrás, a nadie le importa mi caída, ya debería saberlo, “Al parecer... no les interesaba mucho lo que pensarán los demás, porque...estaban seguros de que sus teorías tenían una base sólida ¿sí...me hago entender?” dieciocho, diecinueve segundos, bendito William que levanta de nuevo su dedo y puedo recostarme en el respaldo de la silla con algo de dignidad.

Para mí que Emiro no quiso entrar a la clase y está en la placita central, departiendo con los hijos del barón rojo, los *cabellones* de filosofía, o con estos otros revoluchos, planeando otra toma a la Alma Mater.

Regreso de nuevo a evocar aquella *larga noche* que fue cortada de un tajo por el timbre del celular. Esta vez se filtró atrevidamente en el sueño que tantas veces le había contado a Heinner, quien tenía fama de resolver esa clase de acertijos: Los edificios y catedrales de la ciudad intentaban desplomarse sobre mí, pero su fallido intento solo dejaba daños colaterales y otros sufrían las consecuencias mientras yo me reía, aunque en realidad estaba cagado del susto. Hasta que llegaba a la orilla del mar y sabía que era el fin, que estaba rodeado. Heinner siempre se ha burlado de mí, pero un día puso su peor cara de serio y me dijo “A ti nunca te ha gustado esta ciudad ¿Por qué debería ella gustar de ti? ¿No has pensado en eso?”. Y cuando la Santa Catalina de Alejandría ya se venía encima, me preocupé más por contestar el celular. Al final me sepultó bajo sus escombros salitrosos. Gustavo ahora se levanta, impulsado por el *Hard Rock* que emana estrepitosamente de su teléfono celular, y sale del salón a contestar la llamada, justo a tiempo para interrumpir la clase, rescatando del sueño a Heinner, luego a Jaime. Recuerdo que esa noche contesté, aun con el sabor seco en mi boca “¿diga?” “Avi, te habla Luis ¿tú sabes si Emiro se quedó en la casa de alguno de estos chicos?”. Aunque en realidad no sabía yo con quien hablaba, continuó “llamé al teléfono de este otro amigo suyo, pero está apagado, tú sab... *tuh-tuh-tuh* y el celular se apagó de nuevo. Alguien susurra cerca de mi oído “Esa vieja te tiene ganas”. Era Heinner sosteniendo mi hombro, quien se dio cuenta que Yaneth me miraba de vez en cuando, y no puedo evitar sonreírme. “Oye Freud ¿El sábado recibiste una llamada...?” Le pregunto a Hei, mirando fijamente el vidrio de la ventana, buscando

recordar el nombre "...de un tal Luis"; "No –responde pensativo– yo apagué el celular y me acosté temprano" y vuelve a recostarse sobre la silla con el mentón apoyado en sus brazos. Aquella segunda llamada fue a eso de las dos de la madrugada, y no logré dormir de nuevo. El alcohol en mi cabeza y la catedral asesina ya habían hecho su trabajo. Yo nunca lo vi subir al autobús, ahora que lo pienso, aunque debió haber sido así; ni se despidió. Pero sí era cierto que dos borrachos no teníamos que ver con nada, y mucho menos él, que a diferencia de mí, siempre encuentra la manera de apoderarse de cada rincón de la ciudad, buscando monedas en el suelo para el próximo cigarrillo, negociando en cualquier cloaca el mejor y más barato de los orgasmos, sin dejar que nadie le diga qué hacer. Cuando volví la mirada ya no estaba. Luego de varios minutos tratando de agarrarme del borde del universo para no caerme se acercó la ruta de siempre, eso lo recuerdo, dejándose leer borrosamente "Caracoles-Avenida-20 de Julio" y extendí la mano.

4

Will me mira y hace un gesto de burla al ver que Gustavo entra de nuevo al salón como si nada. Cuarenta y cinco, cuarenta y seis segundos. Sigo contando cada segundo tic-tac-crak mientras me viene a la cabeza esa pintura de Dalí, la de los relojes que se derriten; pienso que quien los haya dejado allí colgados debe ser la persona más despreocupada del mundo, en verdad lo envidio. El profesor decide hacer un segundo intento de buscar ese no sé qué en su portafolio. Mar se distrae un poco con la portada de un libro. *El Anatomista*, alcanzo a leer desde aquí. Tal vez esté pensando, al igual que yo, que esta clase ya llegó a su más tedioso apogeo; no como aquellos debates sobre género en los que va ella como pez en agua, devorando racistas, machistas, realistas, homofóbicos, o haciéndoles el amor en uno de sus cuentos, tan solo para mantener el equilibrio y así, cuando tenga reunidos todos los

cristales de poder, largarse de una vez por todas a Roma, lejos de la nada lucrativa farándula popular, lejos del *negra tenía que sé*'. Sin embargo, la conozco lo suficiente para saber que no abandonaría la clase sino hasta el último segundo que le robe el profesor. Diez, once, doce segundos. Yaneth no regala uno más y sale sin pensarlo. Jaime la mira con un aire de morbosidad, voltea hacia mí, levanta las cejas y me dice "Mira Avi, todo eso es tuyo" y vuelve a recostarse. Ni siquiera me perturbo pensando que otro haya escuchado el comentario. Ya son casi las tres, se supone que en media hora terminamos la clase. El aire acondicionado ha dejado de funcionar de repente y algunos se ventilan con lo que pueden, Euka hala con su dedo el escote de su blusa para refrescarse y aun esa excitante escena no me impide concentrarme en el vidrio de la ventana y las siluetas que no dejan de pasearse a través ella. El profesor saca por fin un pequeño libro, lo que todos temíamos, "Esto es para la próxima clase, que no será el miércoles, por motivos que no estoy en el deber de decirles; el lunes nos vemos y por favor léanlo porque entrará en el último parcial".

A Jaime parece no importarle el parcial; Euka ya ha guardado su celular en el bolso y saca de él su *kit* de maquillaje, no me fijé en el momento en que Mar huyó del salón, Will se aproxima al profesor para hacerle algunas preguntas acerca del libro, Gustavo como alma que lleva el diablo, Adi y Adri se van, Heinner pone unos audífonos en sus oídos y sale, Euka se maquilla, Jota se levanta y estrecha la mano del profesor, quien sigue hablando con Will, Euka sale ahora con Isa como que contándole uno de sus chistes tontos, y ésta niña ¿cómo puedo olvidar su nombre? También acaba de salir, Jota igual, Jaime... "Avi, Heinner manda la caja" me dice mientras camina hacia la puerta, levantando su pulgar, invitándome a tomar, luego atraviesa el umbral, devorado por el vaho infernal que ha dejado el mediodía. Cincuenta y ocho, cincuenta y nueve. El calor penetra arrastrado por el

torrente de luz que se cuele a través del vidrio. Relojes derretidos; ya no. Se hacen ahora tan atonelados que me impiden levantarme de la silla pero nadie lo nota y lo de Jaime se hizo para mí un blablabluaablubloop que se pierde entre el bullicio de los demás compañeros que aún no salen del salón, incluido Will con el profesor, que ahora salen sin más que decir y yo aquí sin moverme, esperando que alguien me dé noticias del viejo Emiro, o que me pregunten por él ¿Por qué no? pero todos me miran, tropiezan, sonrían, saludan, escapan y no regresan. Veo diluirse tan mágica y cínicamente el tiempo, a tal velocidad, me encuentro solo en el salón, sin poder pararme de la silla, las tres, cuatro, cinco, seis horas, son solo un suspiro entrecortado e incómodo a causa del aire sofocante que entra por mi nariz. *Una vez más, una vez más*, admito que pierdo la cordura “Sábado en la madrugada, al pie de la avenida...” estoy hablando solo *¿Por qué? ¿Por qué el tiempo tiene que esfumarse así de rápido? Un segundo, un segundo más*, siete, ocho horas, cae la noche sobria y la ciudad allá afuera no debe ser la misma sin el viejo Emiro.... *¿sin...?* El profesor, cargando su viejo portafolio, se asoma de repente al salón, guiado por la única luz encendida del claustro; al verme tira su cigarrillo sin mucho asombro y entra despacio, esquivando un laberinto de sillas desordenadas, iluminándose en su rostro un extraño interés hasta sentarse a mi lado, y yo solo lo miro sin saber qué debería esperar de él. Catorce, trece, doce, “Avi...” se toma unos segundos esperando tal vez que yo diga algo antes de cualquier cosa, pero no sucede, “...no creo que Emiro nos interrumpa la clase” me dice, emanándose de cada sílaba un suave olor a nicotina “No creo que nos interrumpa, ni hoy-ni mañana”, cuatro, tres, dos. “¿Qué día es hoy?” y mis ojos se humedecen. “Ya no recuerdo” me dice, se levanta de la silla para salir del salón; esquivando de nuevo el laberinto trata de encender un cigarrillo “Somos como perros que persiguen palomas en los parques, no nos debería importar más nada”

DE MONSTRUOS Y ATAVISMOS

A los catorce años mi papá quiso que yo la tuviera. Los días después de su muerte fueron más difíciles de lo que imaginaba. Pero solía sentarse conmigo a charlar. Recostaba su taburete en la puerta del patio y ahí se nos iba la tarde; al final me decía siempre lo mismo. “La muerte es una fiesta sorpresa –ponía su mano en mi hombro y me regalaba otra vez aquella sonrisa difícil– la muerte es una fiesta sorpresa, y tú que aún no aprendes a bailar”.

Si algo me unía a él era el silencio aterrador, un hábito innegable que también había corrido por la sangre de mis abuelos. Papá era un hombre de ningunas palabras. Encontró una forma de despojarse de cada adjetivo, de cada señal posible; pero ese truco barato nunca quiso enseñármelo. Papá quiso que yo la conservara y entonces la mantenía en el sótano, como él me dijo. Recuerdo que él la alimentaba en las mañanas, antes de comenzar a escuchar hablar de política en las noticias, a advertir que el mundo se estaba yendo a la muy merecida mierda, a pensar que todo comenzaba de nuevo después de la telenovela. Apagaba y se iba al trabajo. A medio día regresaba para almorzar. Mi mamá preparaba la comida y dejaba todo servido sobre la mesa. Si a él no le gustaba tomaba su plato, bajaba al sótano y la alimentaba de nuevo, como me dijo que lo hiciera.

Se ponía inquieta y quería salir para que todos la vieran pasearse por la casa. Entonces había que encadenar cada una de sus cabezas. Sí, tenía muchas cabezas, aunque solo tres orejas, y solo cuatro bocas, todas se movían a un ritmo diferente. Primero amarraba a la que estuviera más irritada: se agarraba bien fuerte a la otra encaramándose encima de su lomo vertebrado, porque entre ellas se defendían de quien se acercara. Tenía la costumbre de mirar fijamente a los ojos. Sus patas se veían escamosas y lastimaban al contacto. Perdía

indebidamente el control cuando mamá y papá discutían. Mi mamá le reprochaba a quemarropa su sueldo miserable hasta que un día la mandó al suelo de un zarpazo que casi le destroza la cara, de no ser porque mi papá la contuvo, mientras que la otra cabeza sólo jadeaba tranquila. “es lo único de lo cual me arrepiento en vida –me dijo una de esas tardes–. La muerte es una fiesta sorpresa –y puso su mano sobre mi hombro”.

De todos en la familia creo que era el abuelo quien lo entendía. Cierta vez tomaban cervezas: “Morirás joven –le dijo a mi papá–. Y tus hijos... y sus hijos, si no te dejas de esa vaina”. Y solo ahora entendería lo que dijo el abuelo. Yo era pequeño entonces y no se me permitía saber mucho. Mi hermana Luna corría por toda la casa con su diminuta sonrisa, dibujando su propio universo con unos crayones malgastados, y solo con eso era feliz.

“Ya ves lo que he hecho con ella hasta ahora” me dijo el viejo una tarde que bajamos al sótano. Extendía su mano y le daba un panecillo a cada una. “Es necesario que la alimentes con esta misma rutina”. Pero yo solo me quedaba viendo cómo la muerte había surcado su rostro y mostrado su lado más vulnerable. “Presta atención, que ya es tuya” y poco a poco parecía apagársele la voz.

Papá murió meses después de la visita del abuelo y se les había ocurrido meterlo así muerto en la sala, como si fuera un deber exhibirlo, y entonces ella derrumba la puerta del sótano con tal fuerza que se me hizo imposible dominarla. “Ahora me pertenece”, pensaba; aunque no sabía al fin si era bueno o malo. La pérdida de mi padre hizo que me encerrara en mi cuarto y olvidé darle de comer en esos días. Luego de casi dos años mi mamá nos tenía un padrastro al que mantenía; llegaba tarde por las noches, montaba sus pies en las piernas de mamá o se tiraba en el sillón a ver peleas de boxeo. Comenzaba a joder por cualquier cosa,

me cuidaba de no dejar caer nada al suelo o de limpiar bien mis zapatos. Creí que uno de esos zarpazos podría acabar con él, pero me tumbó de un golpe en la boca cuando le dije que él no podía mandar sobre mí y mamá no se atrevió a decirle nada.

El lunes que siguió decidí sacarla. Luna había bajado antes que yo. Al ver la puerta abierta salté por las escaleras y la escena me erizó la piel: ella patas arriba, jadeando de contenta, y Luna frotándole el vientre con sus pequeñas manos. Me deshice de la vieja cadena que papá le había puesto y le compré una con eslabones de acero. Amarré solo una de sus cabezas, la saqué con cautela y la metí en el cuarto mientras me alistaba. Bajé un momento a desayunar y cuando volví quiso abalanzarse sobre mí, la lengua de una de las que no estaban amarradas se arrastraba sedienta y le di mucha agua; tomaba con una avidez y yo advertía que se me hacía tarde para ir a la escuela. Desamarré la cadena y la saqué con cuidado para que mamá no la escuchara. Parecía difícil hacerlo. Mi padrastro también se hubiese molestado al verla, no permitiría que en la casa existiera algo que pudiera amenazarlo.

No tomé la ruta de siempre: con mis compañeros molestándome era obvio que ella no estaría contenta. La sostuve con fuerza y me dirigí hacia la escuela. Hacía un calor impresionante y yo odiaba eso porque debía caminar varias cuadras cuando el bus le daba la gana de no recogerme; ella por su lado movía su cola al tiempo que disfrutaba de los panecillos. Yo comenzaba a recordar todas esas cosas malas que me habían hecho, en la escuela y en mi casa. Recordé a aquel amigo que me robó el amor de Lili, mi primera novia, o cuando la maldita profesora de lenguas me reprobó injustamente, o peor, las veces en que delante de mí trataron a mi madre como una prostituta. Ella se movió con brusquedad hacia adelante y yo sostenía la cadena de acero para que no tomara ventaja de mí, la otra cabeza olfateaba por todas partes. Finalmente llegué a la escuela y nadie

disimulaba su curiosidad al verla caminar a mi lado; muchos retrocedían temerosos. Deseaba que alguno de ellos se atreviera a molestarme, nada en ese momento podría detenerme. Que alguien se atreviera a hacerme una broma o a saludarme con hipocresía era lo que anhelaba en esos momentos. Seguía caminado por uno de los pasillos del colegio; aunque era casi imposible esquivar a todos los del colegio, caminaban de aquí para allá buscando el salón de clases. Sacaba otro panecillo y ella lo devoraba en un instante. Ya casi llegaba al salón y lo que no sabía era el lugar donde debía esconderla para que nadie hiciera que se molestara, por lo menos hasta que acabara la jornada. En esas un fuerte empujón me hizo voltear para quedar frente a frente con Andrés, el novio de Lili, y sus amigos odiosos, para joderme un poco la vida. Yo los miré por unos segundos, los miré fijamente a los ojos, como ahora era mi costumbre, mientras se burlaban de mi impotencia al no poder hacerles nada. Fui metiendo despacio la mano en el bolsillo de mi pantalón, saqué el último panecillo que me quedaba. Mi mano dejó caer la cadena de acero y antes de yo darle la orden de que atacara se abalanzó sobre ellos, destrozándolos con una sádica facilidad. Corrió por todo el pasillo arrastrando los eslabones brillantes y dejando un rastro de sangre. A todo aquel que encontró en el camino lo devoró por completo, incluso a la profesora de lenguas, quien ya venía a dar su clase. Lili apenas entraba al colegio y fue inevitable que se echara sobre ella. Mientras presenciaba su obra macabra, recordaba todo aquello que siempre me enfureció. Eso tan normal como ver perder a mi equipo favorito o ver las injusticias del mundo en las noticias; recordar también a papá y saber ahora el porqué jamás se atrevió a sacarla, a que comiera de todos un poco. Solo dejaba muerte a su paso, era como sentir una ligera satisfacción de venganza. La seguí por la calle luego de que acabara con toda la escuela. Me apresuré porque vi que se dirigía hacia mi casa. Derribó la puerta con voracidad, y el pobre de mi padrastro, quien estaba tirado en el sillón viendo su

programa, fue solo otra de sus víctimas. Finalmente pude sostenerla antes de que llegara a los pies de mi mamá. Por un segundo tuve indefinibles ganas de soltarla en ese momento; en cambio la metí como pude en el sótano. Mi papá quiso que yo la tuviera, y así era como yo hacía las cosas.

EL DIARIO DE PAPÁ

Te acordarías de que mi papá salía los domingos temprano para hacer las compras del día, y entre ellas traía el periódico. Yo solo sabía su nombre, porque lo mencionaban muchas veces en ese entonces. Se repetía como una historia que no a todos agrada contar. A fin de cuentas no era tan extraño ni tan común para mí: algo que se doblaba y que no debía durar mucho, quizá. Mi madre lo llamaba el *diario*. Yo me ponía a pensar en la persona que se tomaba el trabajo de hacerlo todos los santos días sin descansar.

A mi papá no le importaba eso: si lo llamaba así o de otra manera. Sólo quería ser el primero en tenerlo, por eso se iba temprano cada domingo. La primera vez lo vi sostenerlo bajo el brazo, porque sus manos siempre se ocupaban con dos bolsas grandes que traía de la tienda que un señor llamado Timoteo había montado en el barrio, repletas de verduras y carne para la cena.

Don Timoteo se había hecho muy amigo de mi padre, era él quien velaba porque tuviera el periódico antes que cualquier persona en el mundo. Eran tan amigos que hasta le había bautizado a la hija. Llegaba con sus bolsas llenas y el periódico bajo el brazo. Y Luna corría con emoción “Papi yo te ayudo, papito, ven”. Pero él nunca dejaba que tocaran su periódico. Lo dejaba encima de la nevera y advertía que nadie se atreviera a tomarlo, era obvio que cuando se abría era imposible que lo cerraran y era el caos total.

Un día Alex casi despliega la primera página antes de que mi papá le diera un par de chancletazos y lo castigara casi toda una semana. Claro, mi hermano lo hizo porque sabía que si aquel envoltorio de papeles era prohibido, en ellos ocultaría algo inquietante y revelador: un pequeño pero terrible universo. Yo solo imaginaba el misterio, Alex era quien

buscaba siempre la aventura de lo impedido y sus consecuencias. No tenía ni cuatro años. Apenas le dieron la primera oportunidad, cogió su lonchera y salió por el portón que el vigilante había dejado abierto en un descuido. Él desde pequeño parecía tener cierta indiferencia por lo que pudiera pasarle. Nunca ha cambiado eso. Sentía aversión por cualquier clase de sometimiento, como el de la escuela, incluso el de los abrazos suaves de mi madre. Alex escapó de la casa cuando casi cumplía los catorce años. Mamá escuchaba con recelo ese verbo incómodo: “Alex no se *escapó* –decía–: se fue a hacerse todo un hombre independiente”. Antes de eso mi papá solía tomar su periódico y acomodarse en su silla playera, completando el ritual con una taza de café. Los enormes pliegos ocultaban su rostro mientras los pasaba uno a uno. Cada vez que nos acercábamos bajaba las páginas para dejar ver esa mirada de advertencia, pero a la vez como de preocupación, y mamá nos llamaba a jugar al patio hasta que él terminara, hasta que llegaba otro domingo en que el olor a papel nuevo invadía la casa. Luna pasaba siempre en los brazos de mi mamá y nosotros encaramados en los viejos ciruelos del patio, porque no había más nada que hacer. Alex decía que había tomarlo cuando papá se descuidara.

Cuando yo entraba a la cocina, justo ahí en la mesa *lo* encontraba, doblado con cierta perfección de orden para que los pliegos no se levantaran. Me *incitaba* a tomarlo, con esas enormes letras negras y rojas enredadas que se dejaban entrever. Me obsesioné con sentir su olor envolviéndome y la textura rozando mis dedos, por saber qué sucedería si se extraviara y, peor aún, si mi papá se diera cuenta. Quería tomarlo cuando todos estuvieran distraídos como decía Alex, más por la aventura de saber lo que podría descubrir que por hacer lo incorrecto. Lo culparían a él, y le darían un par de chancletazos de más ¿qué

hubiese podido pasar? Un día, y así de simple como te lo cuento, un día, sin darme cuenta, sucedió.

Mamá gastó sus horas de la tarde, en las que papá trabajaba hasta que caía la noche, buscando el diario por toda la casa, con ese desespero con que buscas recoger del suelo las balas de un revolver descargado, ante un inminente disparo adversario. Y papá era el último sobre la tierra con el que ella quería entrar en contradicciones.

Y nunca *lo* halló. Cuando mi papá llegó entró a la cocina y luego salió, fue hasta donde estaba mi mamá y le dijo “asegúralo cuando termines con él”. Ella no se atrevió a decirle nada, no hasta la noche siguiente.

Los escuché discutir; ella le decía “si ya lo hizo no puedo hacer nada”. Y se refería a Alex. Sentí que la puerta de su habitación se abrió con brusquedad y yo me sobresalté, la sombra de sus pasos se deslizó por el pasillo hasta el cuarto de nosotros, y yo acostado bajo la sabana esperando escuchar lo que pasaría. Alex dormía abajo en el camarote, pero seguro mi papá no se atrevió a despertarlo, en lo más tenso de mi vientre sentí con qué cuidado cerraba la puerta para no perturbarle el sueño.

Entonces papá dejó de traer a la casa esos periódicos, su aspecto como que cambiaba cada vez más. Yo sentía que envejecía con rapidez y ahora me pregunto si era a causa del *diario* perdido, escondido quién sabe dónde. Buscaba momentos de soledad en su silla playera para que nadie lo molestara. Enfermó durante unos días y fue llevado al hospital, pero no pasó a mayores consecuencias. El vecino se condolía a veces y le traía el periódico para que lo tuviera un rato, pero él le decía que no se pusiera en esas “bueno quédese con el crucigrama” y él volvía a negarse.

Pasaba mirándome con cierta desconfianza, y no pensé que fuera para tanto el hecho de haberse extraviado el periódico. Días después habían puesto a Alex a dormir solo, en el cuarto de al lado, pero creo que fue porque se había crecido bastante, incluso era más alto que yo y ya ni cabía en el camarote. Una noche le dije que ya se dejara de eso y lo devolviera. Pero me juró que no lo había tomado. Ya sus ojos estaban descoloridos de tanto pasar encerrado, y mi papá evitaba acercársele en las pocas veces que salía, al igual que a Luna; “dile a Alex que en la mesa está la comida” me decía mi mamá, pero a él ya no se le podía decir nada.

Te digo que la única y última vez que vi en su mirada un parpadeo de lástima por sí mismo fue cuando me aseguró que no *lo* tenía. Las otras veces lo escuchaba darle de trompadas a la pared de la habitación por puro pasatiempo. A mi mamá le sorprendió verlo un lunes por la mañana, con los nudillos casi reventados, dispuesto a ir de nuevo al colegio.

Por esos tiempos le descifré, sin que él lo notara, la que fue su única debilidad: él se enamoró de la hija de don Timoteo, la ahijada de mi papá. Una niña como de doce años, de ojos negros y cuerpo minúsculo, que le vendió una libra de tomates cuando mi mamá le había mandado a comprar media de papas. Tan solo para verla, él iría al colegio; pero terminó fue clavándole un lápiz en la mano al que le regaló unos chocolates delante de él; y a esa culicagada le satisfacía todo lo que Alex hacía para que nadie más la mirara. Esa mañana del lunes se levantó temprano y se puso el uniforme del colegio, dejó el desayuno tapado sobre la mesa y mi mamá no volvió a saber de él jamás. Faltarían dos meses para que cumpliera catorce años cuando se robó a la hija de don Timoteo.

LUNA DE LOS DIAS

Quizás fue esa vez cuando te dejé caer de la silla en la que desequilibradamente te balanceabas, porque solo tenías un añito, ¿o añito y medio? La verdad no recuerdo. Le dije a mamá que había sido sin querer y no fue así, tú y yo lo sabemos; no fue así, porque llorabas todo el tiempo, aunque yo no entendía que eso era normal en ti, que sólo querías algo de atención. ¿Pero qué de tus ojos? Había algo en tu mirada que me hacía perder la calma, porque tierna e hipócrita me observabas como queriendo exorcizar mis celos, o cuando dormías con una manecita bajo la mejilla, con esa diabólica inocencia que resultaba ser la mía, en el vacío oscuro de la habitación, mientras ellos te contemplaban orgullosos desde el umbral como si fueses el ángel de sus días, y luego se volvían hacia mí con esa mirada de “ya debemos deshacernos de él”. O cuando festejaban cada uno de tus breves pasitos al tiempo que sostenían tus pequeños brazos al cielo y los rizos sobre tu frente humedecida se acompasaban con tu leve risita...

...¿Aun lo recuerdas? Creciste rápidamente mientras me refugiaba en mi cuarto, tras momentos de ira, haciendo dibujos de ti que nadie nunca conoció, y luego, de la nada, aparece en ti ese gusto por pintar tan magistralmente, pero que yo no admitía, y te apasionabas por ello desde los tres años, cuando pintabas muñequitos deformes, un solecito sonriente, la casita de tus sueños y círculos por todos lados con un crayón malgastado, de esos que papá te traía. Sí que te apasionabas por ello, niña, tanto que yo dejé de hacerlo porque odiaba que te parecieras tanto a mí, odiaba que me imitaras y que ellos volvieran a festejar cada uno de tus grandes pasos a ser la mejor, odiaba que los hicieras felices porque luego se volvían hacia mí con esa mirada de “ya deberíamos deshacernos de él” que se hacía más frecuente cada vez y yo no encontraba ya que hacer... Aunque luego parecía que

la rutina separaba un poco nuestros caminos. Tú elegiste el pincel y muchas mariposas amarillas en el cielo, y yo ocho cigarrillos por día. Sólo representaba una ausencia en la casa. Pero ¿A quién le interesaba ese insignificante detalle? Para ellos tú, niña, siempre tú, sólo tú. Ya no recuerdo la primera vez que levanté la mano contra ti y te dije que eras una maldita bastarda porque encontraste una de mis cajas de cigarrillos y la enseñaste ingenuamente a papa...

Quizás por eso te despreciaba tanto.

Sé que no comprenderías estas cosas si te las dijera cuando estas despierta. He llegado hasta tu cama en la oscuridad para confesártelas... Pero no me pidas Luna que te explique por qué empuño este cuchillo ensangrentado, porque pronto mamá y papá cruzarán la puerta de tu habitación y se darán cuenta que ya no despertarás, y me lanzarán nuevamente esa mirada de “debimos-deshacernos-de él...” y es que solo ahora lo entiendo niña, eras la luna del día, pero no de mis días. Sé que mamá morirá de dolor, y que papá me desterrará despiadado a los abismos del olvido, que me legó desde que te convertiste en la luna que de lejos me contemplaba, porque siempre querías aprender algo de mí. Siempre quisiste estar a mi lado como un rayo de luz.

HOMICIDIOS NUNCA REGISTRADOS

Decidí visitarla antes del almuerzo. Al llegar vacilé antes de levantar el picaporte, entorné con suavidad la puerta dejando salir un vapor frío, impregnado de una luz muerta que a duras penas lo penetraba. Entré con mucha prudencia para no perturbarle el sueño, conteniendo la respiración, buscándola con avidez entre los cuerpos ensabanados mientras apretaba el estómago. Recorrí con la mirada la estancia. Sobre estanterías reposaban más de esos cuerpos como ordenados y listos para la exhibición, unos más grandes que otros; frascos, tapabocas, guantes, sobre un enorme mueble metálico que se extendía desde la misma puerta hasta el fondo del lugar.

Y ahí estaba. La encontré desnuda; de su pulgar colgaba una etiqueta con un número. Me acerqué para contemplarla: piel rígida, senos puntudos, maduros, parecían latir aun; su rostro dormido era como un cuadro pictórico en el que se exponía lo terrible de la belleza, pestañas vivas ocultaban unos ojos negros, mejillas rojizas igual que la primera vez. Sus labios se acoplaban casi perfectamente como en un lento susurro. Sobre la camilla parecía una simple señal solitaria en el presagio oscuro de los dioses, estaba hecha de mí, de mis ojos, de mi carne, de mis sueños, despropósitos y mis angustias. Me sorprendía lo mucho que nos parecíamos: una criatura delicada que siempre se bastaba con mis apariencias, pero lista para la huida. Cuando estaba con ella me volvía escéptico, y por ende feliz, por eso había decidido arrancarla de mí como algo que uno tiene bordado en el pecho. Era un comodín, la coartada perfecta para cualquiera, para mí. Caprichosa y desencantada a la vez por todo. O intentaba ser algo que no era y yo solo fingía que era así, a quién le importaba ya. Siempre había creído que las mujeres guardan dentro de sí el más lindo de los sentimientos y eso me aterraba; saber que cada vez buscaban una forma diferente de

expresarlo, de soltar todo lo que tienen. Ella se lo tragaba y lo guardaba quién sabe dónde, “no quieras que saque lo peor de mí” me decía.

Un hálito frío escapó de mi boca. Comencé a sentir el aire acondicionado entrar por mis huesos como gusanos mordisqueando y mi carne se endurecía. Subí hasta el cuello la corredera de mi chaqueta mientras echaba un vistazo a los cuerpos cubiertos con una sábana sobre una camilla y otra, esperando ser atravesados hasta los órganos con una cuchilla, a abrírseles los cráneos o a punzárseles el corazón.

Sí, el corazón. Mientras almorzaba la recordaba de aquella noche, la última, creo yo, parada ante mi puerta, perfumada toda de lluvia; metió de repente la mano bajo su blusa húmeda de Garfield y sacó un libro de carátula negra con letras rojas brinconas *El amor es un perro del infierno* de Bukowski, lo puso frente a mi cara como si fuera un espejo empañado por el frío, “eres sucia” le dije con una sonrisa, “ni lo menciones” me respondió. Esa noche nadie durmió, revolcados en la cama, entre las sábanas, los destellos que irrumpían el aguacero, los suicidios nunca registrados.

EL OFICINISTA

Veía cómo sol se caía a pedazos; chocaban con los parabrisas y las gafas oscuras, chamuscaba los bigotes de viejos en traje ejecutivo y el pelo enredado de vagabundos tirados por ahí en cualquier esquina o en algún semáforo. Rebotaban en los ventanales de edificios grises que brotan del pavimento como tumores malignos, donde alguna vez estuvo el último y más viejo de los palos de caucho, y se apoderaban casi de cualquier esquina. Los transeúntes apuraban el paso y todo era un letargo infernal, un caos de fin de mundo.

Ya dentro de aquel edificio las entrañas se le congelaban. Personas de caras extrañas caminaban de aquí para allá, otras estaban dentro de unas oficinas un poco más pequeñas que esas celdas de prisioneros. Eran como autómatas, hundidos hasta la desesperación por las tecleadas al computador, cercados por columnas de papeles.

Prefirió las escaleras. Piso tres, piso cuatro; finalmente llegó al noveno. El aire frío la hacía respirar con dificultad, dio un suspiro entrecortado y se acercó al vidrio amplísimo desde donde se veía la avenida decadente que bordea el parque cuyo nombre ya no recordaba; más allá un caserío de tejados antiguos y balcones ostentosos; más allá la bahía callada. Se sorprendió al no acordarse que el mar cercaba la ciudad por casi todos sus costados, imaginó en ese instante que se la tomaría por asalto: naufragarla, derribarla a peso de cañonazos de barcos encallados en los muelles, con disparos certeros deshaciendo las estatuas pulidas y catedrales salitrosas.

- ¿En qué puedo ayudarte? –era una voz pintalabiada que le hablaba por encima de su hombro. La ciudad respiró tranquila y él volvió la cara despacio.

- ¿Por qué crees poder ayudarme? –le dijo con una sonrisa. Ella en cambio no supo qué decir.

- ¿Nunca se ha detenido a ver éste paisaje? –ella se acercó al ventanal.

- Es precioso.

- Sí ¿Conoces al señor Minutti?

- Soy su secretaria –parecieron brillarle los ojos.

- ¿En serio? Qué alivio.

- ¿Lo necesita?

- Tengo una entrevista con él.

- Pero a esta hora está almorzando. Si quieres espera aquí y yo te traigo una respuesta.

- Te lo agradezco.

La mujer se fue. Él se sentó en uno de los muebles de la sala contigua a las oficinas y se ancló de nuevo en aquel presente inmediato. Desde lo alto de un panel muy elevado colgaba un reloj. No perdía detalle de sus movimientos. Conspiraba en silencio, lo atraparía dentro de él en un descuido para convertirlo en uno de sus insignificantes engranajes. Él mismo sería el artífice de los minutos arrastrándose desgastados e indiferentes.

Quiso incorporarse un poco en su silla al ver que un hombre se disponía a sentarse. Vestía un atuendo ejecutivo, parecía estar húmedo. Se sentó en la silla que estaba a su lado, dejando escapar un suspiro.

- Este invierno no da tregua ¿no le parece? –le dijo aquel hombre.
- ¿Está lloviendo?
- A cántaros.
- Y hace no más de diez minutos el sol parecía caerse a pedazos.
- Pues lo que cae es agua, amigo.
- Es raro.
- ¿Por qué raro?
- Es que en esta ciudad nada es predecible.
- ¿Por qué lo dice?
- Pues octubre no es mes de lluvias –El hombre lo mira con algo de malicia, luego suelta una carcajada.
- Pero qué cosas dice compañero.
- ¿Cómo dice?
- Está usted un poco fuera de su propio contexto ¿no cree? Pero bien, verá usted, todo es cuestión de equilibrio: usted se ve en una época distinta a la mía.
- Ah sí, por supuesto, es eso.
- Pero no lo culpo. Al menos no del todo –El hombre se tomó unos segundos para darle un vistazo al reloj en su muñeca.

- Ud. se me hace muy conocido ¿nos hemos visto antes?

- No lo creo.

- Y ¿Qué lo trae por acá?

- Una entrevista de trabajo.

- Ah claro. Imagino que es con el señor Minutti –el hombre sonrió con malicia mientras se levantaba.

- Así es.

- Tú solo dile que todos los días le besaras sus pies.

- No le entiendo.

- No me prestes atención. Lo que debe entender es que me ha alegrado el día –Le da unas suaves palmaditas en el hombro –Debo dejarlo, el trabajo me llama– Lo siguió con la mirada hasta que se perdió en el montón de oficinas, sonriendo aun. Después de varios minutos no le dio mucha importancia. La secretaria no aparecía y comenzó a impacientarse.

Se levantó y caminó hacia las oficinas agrupadas como un laberinto. Se aventuró a entrar, pero solo veía empleados en sus oficinas, atrapados bajo una avalancha de papeles. Trató de levantar la cabeza más arriba de los paneles para ubicar el asiento que había dejado atrás, pero le fue imposible. Volvió la mirada, quedaba una oficina al final de la fila; pensó que nada perdería al entrar y pedir algo de información. Empujó la puerta suavemente con sus dedos y echó una ojeada dentro de la estancia.

Se vio tan extraño vestido de traje. Era como un espectro ahí sentado, convertido en un oficinista esclavizado tras un escritorio, luchando con columnas de papeles, desesperado por el penetrante repiquetear del teléfono. Con su mismo rostro surcado por el tiempo, desesperado, lanzándole una sonrisa incrédula, soltó de su boca temblorosa un “eso creí”; se llevaba las manos a la cabeza, el teléfono sonaba, los papeles volaban de un lugar a otro; de un golpe trataba de abrir una gaveta de su escritorio, aunque su intento era inútil y su ira se acrecentaba más y más. Cuando por fin lo consiguió, introdujo su mano hasta el fondo y saca de ella un pesado revolver que dejó sobre la mesa, lo contempló durante unos segundos antes de tomarlo y llevárselo a la sien. La bala penetró su cabeza y lo dejó tendido en el escritorio junto con un reguero de sangre por todos lados, en el preciso instante en que el teléfono dejaba de timbrar.

Secó el sudor frío que mojaba su frente, se levantó del mueble de la sala de espera y caminó sin prisa en dirección contraria a las personas que ya se agolpaban en el lugar del suicidio; entre ellas la secretaria.

Salió como pudo y bajó las escaleras hasta encontrarse en las afueras del edificio. El sol caía a pedazos que chocaban con las gafas oscuras y los parabrisas, como cañonazos de barcos encallados que se han tomado por asalto la ciudad.

BARCO DE PAPEL

Espera que escampe, me dijo mamá. El estrépito de lluvia caía sobre los techos de zinc, aquel era un alboroto de agua que se refugiaba en los rincones de la casa cuando todos aun dormían y te hacía perder toda noción del tiempo. Como quedarse a mitad del camino, o muchas calles antes de lo previsto, con la acera abismándose hacia la autopista inundada, difícil. Para resumir de una lo efímero te necesitas justo ahí, con la respiración entrecortada, el aire frío, las sombras ocultas en una sola, ver el blanco medio día oscurecerse. La lluvia se precipita sobre los tejados, los relojes en las plazas marcan otras horas, los parques naufragan. La ciudad se interrumpe, se pierde distraída, se desprende de sus flancos de piedra encriptados en la arena y se lanza al vacío como un barco de papel sin gravedad. El agua corre por los canaletes, los adoquines empedrados, cae a las calles, a los andenes. Mamá me dijo espera que escampe y yo me quedo hipnotizado, viendo caer los chorros suspendidos del techo de zinc, chispoteando, reventándose sobre esas pequeñas piedras chinas, pensando en mis zapatos recién embetunados y agarrando con recelo una lonchera azul. Luego la llovizna momentánea. Mamá me levanta y me oculta entre sus brazos para ir a la escuela, saltando los charcos hasta llegar a la avenida por toda la curva orilla de la calle que va a la parada del autobús. Y allí, solo viendo pasar la gente, viéndolos en su facilidad para escoger un autobús e irse a donde quieren, con un paraguas o el periódico sobre sus cabezas. Otras solo se alejan un poco al sentir el humo penetrante de un cigarrillo que enciende con dificultad. Mi mano casi entumecida tiembla de frío.

El aguacero se traga la ciudad, no hay más que este pedazo de momento en la parada de autobús junto a unos cuantos parroquianos y un enorme aviso publicitario con chicas semidesnudas. Todos miran sus relojes empañados a la espera del exilio, con rostros

temblorosos como si ya fueran a la muerte. ¿Y los autobuses? Los autobuses detenidos en algún lugar posible, haciendo su trancón de hora pico. Hay quienes no quisieran estar aquí, hay quienes no quieren que el irreparable tiempo los envejezca, ni los coja desprevenidos sin haber hecho la apuesta de a quién se le caerán primero los dientes, y están ahí porque quizá les ha faltado egoísmo para vivir, y se han quedado como animales enjaulados, y se han resignado a creer que no hay vida después de la infancia, tal vez, y se han visto a sí mismo en un espejo mientras lloran. Las lágrimas de mamá tampoco se ocultan fácilmente bajo la lluvia, no se puede tener tanta suerte. Pienso en ella y el aire frío entra por mis huesos como gusanos mordisqueando, mi carne se endurece y entonces su cara se pinta en mi memoria otra vez. Siempre la recuerdo bien, me incrusto en el recuerdo su última expresión para cuando ya no esté frente a mí. Me acerco para contemplarla, los lugares en la memoria suelen estar oscuros: su rostro dormido es como un cuadro pictórico en el que se expone lo terrible de la belleza, pestañas vivas ocultan unos ojos negros, mejillas rojizas igual que la primera vez, sus labios se acoplan casi perfectamente como en un lento susurro. Parece una simple señal solitaria en el presagio oscuro de los dioses, está hecha de mí, de mis ojos, de mi carne, de mis sueños, mis despropósitos, mis angustias. Me sorprendía lo mucho que nos parecíamos. De su pulgar cuelga una etiqueta con un número.

Uno de ellos descansa las manos sobre el lomo de su bastón, es muy viejo, alguien le ha cedido el asiento y así en su encorvada postura de estatua cansada también espera el autobús; la muchacha a la que contempla lleva un uniforme de enfermera, ella mira de vez en cuando al chico de postura erguida que lleva puesto unos auriculares enormes, a mí me ha visto un par de veces a través del vidrio del aviso, yo miro las chicas semidesnudas; no sé cuántas personas habrán aquí. Deslizo mi dedo sobre los labios empañados de una de

ellas y llego hasta sus tetas escribiendo un nombre, mamá me interrumpe, toma mi mano, me dice algo que no entiendo, yo agarro mi lonchera y espero que escampe, es lo que dice el rostro de mamá, y aquella imagen comienza a aparecer de nuevo, a moverse con el fastidio placentero de un bebé en su vientre, otra vez. La mirada lejana más allá del aguacero, pensando si aún existe algo fuera que sobreviva al embate de los truenos y el aire frio. La lluvia como conteniendo la respiración al acecho, los parroquianos ven una oportunidad, se preparan para la huida ¿Y los autobuses? Los autobuses no se moverán de donde quiera que estén. Ahora solo la llovizna, yo veo borrarse aquel nombre por el frio. Todos escapan decididos, hay quienes no quisieran estar aquí, hay quienes no hubieran querido que la lluvia se los tragara como ahora. Yo veo el momento de encender otro cigarrillo, en el aviso publicitario con chicas desnudas me veo sonriendo, una sonrisa empañada al lado de un nombre borroso, entonces la imagen de mamá se mueve rápidamente en mi memoria y escapa, la lluvia se la lleva otra vez de aquel pedazo de momento. La lluvia. Hay ciudades de fuego en las que llueve todos los días.